

## **PROFESIÓN SOLEMNE Y CONSAGRACIÓN DE VÍRGENES DE LA HNA. MARÍA YVETTE AGUERRE, OSB**

El día 31 de mayo desde la mañana, nos preparamos para nuestro gran acontecimiento. Además de ser muy importante para nuestra Comunidad, lo fue también para la Arquidiócesis, pues era la primera vez que en Córdoba tenía lugar una Consagración de Vírgenes. La ceremonia estaba anunciada para las 16,30 hs. y a esa hora ya vimos la iglesia llena de gente. Hemos tenido mucho mayor asistencia de lo que habíamos previsto. Junto con nuestros muchos amigos de Carlos Paz, asistió también el Sr. Intendente y asimismo contamos con la presencia de muchos miembros de la Comisión y de amigos de Córdoba. Esto nos hizo sentir muy insertadas y arraigadas en este lugar, por el que tanto nos preocupamos. Nos sentimos muy queridas, apreciadas y necesitadas por Villa Carlos Paz.

Hubo 13 concelebrantes: presidió el Emmo. Sr. Cardenal Mons. Raúl F. Primatesta y concelebraron con él, Mons. Estanislao Karlic, su Obispo Auxiliar; el P. Colomé, Director espiritual del Seminario Arquidiocesano; el P. Touyaret, de los P.P. del Sagrado Corazón de Bétharram, muy amigo de la familia de nuestra hermana; el P. José Veronesi, osb, Prior de Ntra. Sra. de la Paz, quien asistió con cinco de sus postulantes; el P. Ardiles, ofm, Superior de la comunidad de P.P. Franciscanos de Córdoba; el P. Sosa, ofm; el P. Gregorio, ofm; el P. José Álvarez, sj; el P. Alejandro Soulas, Superior de la comunidad de Don Orione que en este momento está haciendo una experiencia de vida eremítica cerca de Alta Gracia; el P. Santiago, del Instituto de Schoenstatt; el P. Rafael Yemma, de los Paulinos y el P. Carlos Marella, de los P.P. del Sagrado Corazón que atienden la Parroquia del Niño Dios en Carlos Paz. A ellos se unía la presencia de religiosas de muchas congregaciones y representantes de los distintos movimientos del laicado de Córdoba. Vimos un signo de Dios en el hecho de que estuvieran representadas tantas familias religiosas, pues eso nos hacía sentir más hondamente nuestra ubicación en el corazón de la Iglesia, desde donde nuestra misión es recoger en nuestra oración de alabanza, de súplica y de acción de gracias, toda la acción apostólica de la Iglesia. También asistió el pequeño grupo de las chicas que vienen al Monasterio con proyectos vocacionales. La ceremonia se desarrolló con mucha solemnidad, serenidad y belleza. El Sr. Cardenal reflexionó muy profundamente en su homilía sobre la vocación y nos habló con mucho entusiasmo y fuerza, abriéndonos amplios horizontes; luego nos comentó que se sentía muy feliz de haber podido presidir esta ceremonia. Especialmente le entusiasmó la Consagración de Vírgenes, este rito antiquísimo que tan felizmente nuestra Orden ha restaurado y pudimos constatar que había estudiado y meditado mucho el Ritual -lo cual ya sabíamos- por lo que la ceremonia ganó muchísimo en piedad y en hondura.

Dijo Mons. Primatesta en su homilía:

«Queridos hermanos:

La actitud de nuestra Madre en este misterio de la Visitación, nos muestra en profundidad cuál es el verdadero sentido de la vida cristiana, ese objetivo que la Iglesia busca constantemente realizar a través del servicio de adoración, de acción de gracias de sus hijos. La Virgen va, movida por el Espíritu Santo, a visitar a su prima Isabel. Y así es instrumento de la gracia de Dios, instrumento de santificación, instrumento de vida. Pero transformada y total servidora del Señor, Ella al mismo tiempo descubre la grandeza del amor que se ha volcado sobre Ella misma y así produce ese canto de adoración y de acción de gracias que la Iglesia va a repetir constantemente en la Liturgia de las Horas, al caer la tarde y que, sobre todo, quiere repetir constantemente en la vida de sus hijos. Por eso en este día en que toda la Creación, a través de la creatura más magna, después de la humanidad de Jesús, llega en su canto de adoración al Creador, al Padre, nosotros queremos seguir ese ejemplo de nuestra Madre, y así cantar la gloria del Señor, adorarlo, darle gracias por su inmenso amor.

Pero ese deber de toda la Iglesia, que es de todos y de cada uno de nosotros, se expresa en una vocación especial, en la vocación a la vida contemplativa y particularmente en ese carisma propio de la vocación de la Orden de san Benito; se expresa en el culto a través de la santa Liturgia, que se concreta en la Liturgia por excelencia: el sacrificio de la Misa, para ser una exhortación -a través de la propia vida y de la propia conducta- a la adoración y a la acción de gracias.

Hoy, una hermana nuestra, después de haber probado, de haber buscado discernir el llamado del Señor a través de la Iglesia, va a consagrarse para siempre a esta misión, a este servicio eclesial -es un servicio a la Iglesia- de adorar en nombre de la Iglesia, de dar gracias en nombre de la Iglesia, de quemar, cantar la propia vida en el culto del Señor, un culto interior que se ha de expresar en la solemnidad del culto externo, de lo que nosotros más vulgarmente llamamos la santa Liturgia. Es la consagración de una vida a Dios, para servir a la Iglesia y ayudar a todos los hombres a esa entrega total al Señor, que ha de manifestarse en una actitud externa que de alguna manera exprese lo que se lleva en el corazón. Cantar la gloria del Señor. Hacer de la vida un constante canto de alabanza y de adoración, un *Magnificat*, un canto externo en la austeridad, pero al mismo tiempo en la belleza y en la solemnidad del culto litúrgico, que exprese algo que la Iglesia lleva en su interior: esa gracia que el Espíritu Santo derrama sobre Ella, esa gracia que tiene que tocar el corazón de cada uno de sus hijos para hacerles cantar la gloria del Señor. La Iglesia como Madre, como Maestra, aprovecha, por decirlo así, ese llamado del Señor que nos forma como a hijos para hacernos ver la grandeza de nuestra vocación interior, de esa consagración total de nuestro ser a Dios solo -si fuera posible con una distinción que sólo comprenden los místicos y las almas que se han entregado totalmente- a Dios solo, sin buscar nada, sólo preocupados de la gloria del Señor, del reconocimiento de su inefable amor.

Ese reconocimiento del amor de Dios es lo que va a hacer exclamar a san Pablo: “Yo quisiera hasta ser condenado, hasta ser apartado de Dios, con tal de que Dios fuera más amado”; y que hacía decir a santa Teresa: “Señor, en el infierno nadie te va a amar; si fuera posible, yo iría al infierno, para que desde allí surgiera un canto de alabanza a tu amar”. Este es el amor perfecto, ese amor perfecto de Dios que nosotros tenemos que ir buscando, en nuestra vida laboriosa, en esa vida cristiana nuestra que se va agotando tantas veces en un misterio. Somos como niños creyentes que buscamos el amor del Padre, pero nos sentimos atraídos por los regalos que salen del Padre. Es un amor más fuerte al que nosotros humildemente tenemos que tender cada día, pero un amor más perfecto que necesita ese ejemplo, ese testimonio, esa búsqueda, que hace la Iglesia misma a través del canto, ese canto interior que es presagio del canto exterior, que es la celebración de la Santa Liturgia. Y esto expresa y explica el por qué de una vida ¡de una vida humana! que se entrega frente al altar sin otra cosa, sin ningún otro trabajo, sin ningún otro rendimiento para este mundo que está tan metido en las cosas que no son Dios, cuando hay que buscar sólo a Dios. Para este mundo que no comprende y para nosotros que muchas veces no comprendemos. Una vida entregada al Señor. Y esa vida interior, esa vida de adoración va a florecer en las ceremonias litúrgicas, en la celebración de la Liturgia en el canto sagrado, en la solemnidad de las ceremonias, en el rezo de esas mismas palabras que Dios quiso dejarnos para enseñarnos a cantar sus alabanzas, en el rezo de las Horas, lento, pausado, como si no se tuviera otra cosa que hacer, porque en realidad esa es la única cosa que vale la pena hacer. No se trata de gusto estético; no se trata del orden casi matemático, frío, formal de una ceremonia que se desarrolla a la perfección, según un canon determinado. No se trata del canto que llega a nuestros oídos, no. Es el canto que fluye del corazón. Es la vida que se traduce en un canto. Cuanto más profunda es la vida, tanto más hermoso es el canto. Y cuanto más alta es la presencia del Señor, tanto mayor es la delicadeza y la ternura y el cuidado que fluyen de un corazón que se sabe vacío delante de la plenitud de Dios.

La Virgen, llena de Jesús, comunicó a Jesús -la Vida- a Juan y a Isabel. Y luego cantó reconociendo ese don inmenso que Dios estaba dando a través de todo su ser. La Iglesia canta así siempre: la Virgen María es Iglesia. La Iglesia canta a través de sus almas consagradas. La Iglesia quiere cantar así, a través de sus santos. Dios es el primero que tiene que ser servido, adorado y reconocido con lo mejor de nuestro ser.

Queridos hermanos, vamos a acompañar a nuestra hermana en su entrega total. El libro del Apocalipsis nos habla de la Iglesia como la Mujer que va a comunicar a Cristo, esa Mujer, que es atacada por el demonio, odiada por el demonio, protegida por Dios. La Iglesia siempre ha visto en esta imagen -su propia imagen- ha visto siempre a la Virgen. En esta imagen, en esta figura de la Virgen, nosotros tenemos que poner también a nuestra hermana, para que sea fecunda y comunique a Cristo. Pero somos nosotros los que leñemos que ponerla. Somos nosotros los que tenemos que acompañarla en su misión de comunicar a Cristo. Y somos nosotros los que tenemos que acompañarla en esta lucha en que el demonio querrá profanar, disminuir siquiera, esa total consagración al Señor. Una vida que se quema en el amor, pero un amor que es más fuerte que la muerte, y vence todo dolor y supone todo sacrificio.

En este día, pidamos a la Virgen que proteja a nuestra hermana y ofrezcámosle a Ella, a nuestra Madre, para llevar a Dios como presente -como una pequeña intercesión ante Él- nuestro humilde amor, el amor de los que vamos tantas veces a alabarlo, el amor de los que tantas veces resbalamos -si no caemos- en el camino, el amor de los que tenemos que decirle al Señor, a nuestro Padre, cada día, que nos perdone, que nos salve, porque solos no podemos nada. Y así también sobre nosotros se derramará la misericordia del Señor y Él nos llenará en su momento y en su hora con gracia. Amén».

La hermana leyó luego su carta de profesión, en la que figura el lema que ha elegido: "*Ecce sponsus venit*", y cantó muy bien el "*Suscipe*" y las antífonas. En el momento de la ofrenda, la realizó nuestra hermana con toda su familia. Durante toda la ceremonia tuvimos también presente a nuestra hermana de Santa Escolástica, Liliana María, quien ese día vivía esta misma ceremonia y nos sentimos muy unidas a nuestra Abadía Madre en un mismo acontecimiento.

Tuvimos un recuerdo especial para el Cardenal Pironio, quien en este mismo día cumplía 16 años de Obispo.

Al finalizar la ceremonia, salimos procesionalmente cantando "*Jesu corona virginum*". La Hna. M. Yvette, luego de abrazar a toda la Comunidad recibió los saludos y felicitaciones emocionados de todos los presentes. Agradecemos todos los saludos, el cariño, las cartas que nuestra hermana ha recibido de todas partes del mundo, tanto de sus familiares y amigos de Argentina y Francia como de todos nuestros hermanos y hermanas benedictinos y cistercienses, y de otras familias religiosas contemplativas y de vida activa.